

CARTA A SIMÓN SÁNCHEZ MONTERO

Torturado en España

No sé cómo escribirte. Un rayo ciego
 se atraviesa en mi mano. Me aniquila
 la congoja. No puedo
 sostenerte. No puedo destruir
 el furor que en ti muerde con diez siglos de odio.
 Veo tu frente alzarse como un pálido
 monte, escucho
 en la noche abisal de las infamias
 tu palabra, ese trueno
 tranquilo en que descansas
 y descansa el espíritu indomable
 de los nuestros.
 Cada golpe en tu carne,
 una estrella brotando hacia la libertad.
 Cada injuria, una gota
 en el vaso de amor que al pueblo entregas.
 Las rocas de tu estirpe sólo miran
 al alba.
 Permanecen. Deslumbran.
 Crecen en lo más alto, casi tocan
 el sol.
 « No escucharéis un ay. Podréis matarme.
 No se abrirá mi boca a la ignominia ».
 Y el impulso homicida se queda desarmado,
 se arrastra como bestia
 amedrentada.

Asciede de la tierra
 un himno silencioso, y en la noche
 de España hay un destello,
 nace una primavera entre las sombras.
 ¡Oh, hermano dulce y fuerte!
 Me bebería el océano
 que inútilmente nos aleja,
 para llegar a ti, me arrancaría
 el corazón para que reclinaras
 tus sienes en asedio.

*esta pobre canción? Si yo pudiera
sacudir las montañas, liberarte,
volvarte a nuestra casa... En ti se llena
de sentido esta carta, como el aire
en los claustros hermosos.*

*Tus heridas
no son oscura sima : unen sus labios,
curan otras heridas que mantiene
sangrantes el rencor.*

*Ellos no saben,
ellos, agusanados, no saben que llevamos
un planeta de amor sobre los hombros,
que somos hojas del amor, que somos
el viento del amor en cada orilla.
Pero lo sabe ya la sangre joven,
las ciudades escritas en futuro,
los héroes de la tierra y de las máquinas.
Conocen ya tu corazón
los nidos y las olas, los racimos
laboriosos que nutre la esperanza,
el enjambre de España que amanece.
Acero de Madrid, columna ilesa,
escucha cómo llega su palabra
de concordia y de paz. Lo mismo llega
la luz a la mañana y al estío
la madurez de oro. Todo vuélvese
a ti, y hasta la harina que amasaron
tus manos, convertida
en rosa candeal, oh humilde orfebre
del radiante alimento, une su aurora
para que tú sigas creciendo.*

*Termino ya. No, espera. Desespero.
La noche en que caíste,
la noche en que un traidor vendió tu fortaleza,
yo velaba aguardando
un lejano relámpago, una unánime
vibración de victoria, acaso el día
primero, el esperado, la vida que anhelamos
para volver a ser un pueblo alegre.
Tal vez debí sentir a mis espaldas
un crujiendo de rama que se quiebra,
un ala que se abate en pleno vuelo.
Pero era tan gozoso soñar, era tan dulce
dejarse acariciar por la esperanza...
Y ahora escribo, te escribo, sin saber qué escribirte,
escribiéndolo todo torpemente, diciéndolo
con el húmedo acento del rocío,
con la lengua
del mañana, que es nuestro, del mañana,
a los veinte
años de mi destierro y de agonía
de España, con España metida entre los huesos
y el corazón mirando al horizonte.*

México, julio, 1959.